

LO INCONSISTENTE

Ninguna de las historias de la Transición que se han difundido llega a ser consistente. Ni en el relato de los hechos, ni en la descripción de lo fáctico, ni en la definición de los fenómenos, ni en la explicación de los mismos, ni en su justificación. El relato es fantasioso. La descripción, incompleta. La definición, ilimitada. La explicación, efectista, la justificación, falaz. No son narraciones eficaces para el conocimiento procesal del cambio operado con la conversión de la Monarquía Dictatorial en la actual, que es la esencia de la Transición. Ninguna resiste la prueba de su consistencia. Y entiendo aquí por consistencia la cualidad de un discurso que basa la esencia de algo histórico en lo que ese algo «consiste».

Las historias sobre la Transición son inconsistentes, no porque sea inconsistente la realidad del sistema de poder, cuya génesis y desenvolvimiento tratan de narrar, sino porque todas ellas obedecen a la necesidad de justificarlo en lo que no consiste. Puras apologías del poder. Mala ideología. Hasta el punto de que si la Transición consistiera en lo que de ella dicen sus historiadores, la Monarquía habría sido víctima temprana de la inconsistencia delatada en su historiografía.

No es consistente situar la crisis de gobierno de junio de 1976, y el nombramiento de Adolfo Suárez en un contexto de ruptura con el «espíritu de 12 de febrero» de Carlos Arias, sin dar valor a las presiones de la Embajada de Estados Unidos, sobre el Rey, para que otro franquista más audaz abriera las puertas al partidismo político, sin los tapujos asociacionistas de Arias, pero dentro siempre de sus mismos límites ante el PC-Kissinger temía que, en caso de triunfo de la Ruptura, adquiriera en España la misma hegemonía que en Portugal; y sin dar trascendencia a la gestión paralela de la socialdemocracia alemana (Willy Brandt) con González para que el PSOE, financiado por ella, participara en las elecciones antes de legalizar al PC, y abandonara la ruptura democrática. Acuerdo que se produjo en abril de 1976.

No es consistente situar la nueva frontera colaboracionista de la oposición, frente a los planes reformistas de la dictadura, en el pacto con Suárez de 11 de enero de 1977, sin dar valor histórico a la decisión del PSOE de pasar por la ventanilla de Arias, manifestada a la Platayunta, en mi despacho, una semana antes de la crisis gubernamental de junio de 1976.

No es consistente fijar en enero de 1977 el cambio de estrategia de los partidos ilegales, respecto a su participación en unas elecciones bajo la legalidad franquista, sin dar importancia a las declaraciones de Gil Robles, durante la segunda mitad de 1976, pidiendo elecciones cuanto antes. Ni atribuir a González la iniciativa de pactar la Reforma de la Dictadura con Suárez, sin valorar su entrevista con Fraga, ministro del Interior de Arias, en el chalet del Viso de los suegros de Bo-



yer, donde le manifesté el acuerdo del PSOE para presentarse a elecciones bajo el «espíritu de 12 de febrero», si se convocaban con una ley electoral de sistema proporcional, aunque no estuviera legalizado el PC ni los otros partidos comunistas o republicanos.

No es, en fin, consistente atribuir a Torcuato Fernández Miranda, por el lado del Régimen, y a González por el de la oposición, una visión anticipada del proceso de la Transición, puesto que tanto la operación Tarradellas como la legalización del PC fueron las dos improvisaciones de Suárez que definieron la esencia íntima del cambio político.

Ni es consistente dar al pueblo papel alguno en el poder constituyente que se arrogaron, contra la legalidad, los jefes de los partidos con representación significativa, tras las elecciones generales bajo la Monarquía Dictatorial, puesto que fue una decisión secreta, de la que tuvieron conocimiento los diputados, y la opinión pública, por la filtración que obtuvo el excelente periodista Pedro Altares.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

IMSALUD

La operación ya está decidida. Los informadores de Juan Bravo en la calle O'Donnell le aseguran que está cerrado el traspaso de las competencias sanitarias del Estado a la Comunidad de Madrid.

La fecha, tras muchos dimes y diretes, será en el primer semestre de 2002; medio año antes, al menos, de lo que desde el Ministerio habían anunciado. Pero la novedad, la gran novedad, que le fue contada a J.B. es el juicio salomónico que desde la Consejería de O'Donnell se ha tomado: se creará un nuevo organismo, llamado Instituto Madrileño de la Salud, Imsalud, que gestionará los grandes centros como el 12 de Octubre, Puerta de Hie-

Michel Foucault no ponía al hombre en niveles egregios. Ni tan siquiera elevados. Más que medida de todas las cosas, cerebín de palabras sin sentido. «El hombre no es, sin duda, nada

más que un cierto desgarrar en el orden de las cosas, una invención reciente». ¿El chasquido de Quevedo? ¿Una pasión inútil que franquea enloquecidamente el río de sangre que es la vida? ¿Una sombra maniatada y tapujada a la que arrastran por arroyos de fuego hasta los raudales de las tormentas con sus llamaradas de agua? ¿Rata de latomía condenada a cadena perpetua en Tevegó, donde el Supremo de Roa se solazaba escuchando los gemidos de los condenados en el tímpano del laberinto que daba a la cabecera de su lecho? Como uno de los presos más odiados —por ser de los más libres— logró domesticar a los ratones que visitaban su celda, el Supremo ordenó que los mataran. Degradaban la disciplina y rompían la soledad perpetua de su enemigo. ¿Habrán imitado nuestras cárceles de niños los métodos educativos y resocializadores del Dictador Perpetuo, allá en su cárcel de Tamoraé, haciendo suyo el espíritu de tortura de la



tercera orilla del río, en la que se aplicaba la condena a remo perpetuo. ¿Será ésta la causa por la que se han clausurado tres centros médicos en los que niños reclusos aprenden el fervor de sus queridísimos verdugos, que todo les enseñaban entre chuscadas y güevadas del más profuso linaje? El admirable Enrique de Castro, que impide que los cuelguen, obligó a parar. Que le den mal galardón por interrumpir la fiesta del chivo. ¿Por qué no favorecer a los reclusos adultos con otra Tevegó u otra Tamoraé donde se haga imposible que una angina de pecho, probablemente simulada y hablantina, obligue a excarcelar momentáneamente al peligroso terrorista Pepe Rei, sombra robada y alma robada por los chivos que se solazan doblándole su débil corazón mientras toman chicha de maíz? A la gente con tan grande pasión de libertad la matan cuando la encierran llenándole los bolsillos de calumnias.

Por si algo faltase para cerrar este círculo de mangrullo y latomía, se nos muere Jesús Albarracín, como si tuviese todo el derecho del mundo a defraudarnos, golpearnos y humillarnos con su ausencia perpetua, con su morir para siempre y sin permiso después de un largo adiós de robe tendido por el rayo que mata lentamente. Su camarada, nuestro camarada poeta Carlos Álvarez le preguntó dolorosamente: «¿Cuántos hombres / han muerto cada vez que un hombre muere?». Si el hombre que muere es un elegido de la libertad, un revolucionario de alma aborrecida por la pasión de justicia, se mutila el universo. Si sus ojos se hacen estrellas para acordarse de la tierra, será para transformarla o hacerla estallar si se resiste a la revolución de los justos. Pero Jesús no se marcha sólo ni nos deja simplemente desolados por su única marcha. El mismo día muere en el palmeral de Elche el más venerable patriarca republicano de nuestro tiempo español. Nazario González Monteagut. Don Nazario. Cada 14 de abril concentraba en su torno y a su abrigo una legión de viejos y nuevos republicanos con la dignidad y la idea empuñadas de futuro. «No fundó ciudades. No dio su nombre a un mar», que diría Pepe Hierro, pero su entusiasmo por el régimen legítimo de España —según la lógica de la democracia— era como el agua profunda que termina socavando la roca, horadando el granito y arrastrando coronas de esparto y hiedra hasta la muerte del mar. Nazario sí ha muerto con una locura hermosa y no de anónimo y cordura, entre hermanos y compañeros, sin acuchillar pellejos de vino con sangre fraterna. Incapaz de cainismo, enamorado de su tierra y de su gente, peregrina y tenaz su alma sin dueño. Jesús y Nazario. No podemos fingir que no entendemos «ni su idioma / ni su luz / cuando nos examinan de amor / constantemente desde el espacio». Los entendemos desde esta latomía donde seguimos arrojados y abandonados.

Juan BRAVO



Joaquín NAVARRO